

EL TALLER

ORGANO OFICIAL DE LA GRAN LOGIA SIMBÓLICA INDEPENDIENTE ESPAÑOLA.

Á LA GLORIA DEL GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO.

S. A. P.

SUMARIO

Sección oficial.—Per se y per accidens.—El Jesuitismo juzgado por sus doctrinas.—La fortuna (poesía).—El salvamento.—Suelos.—Anuncios.—Cuentas.

SECCION OFICIAL.

Nos Braulio Ruiz, Gran Maestro de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española*.

Sabed: Que la Gran Comisión de Gobierno ha decretado y la Gran Comisión Ejecutiva promulga lo siguiente:

Artículo 1.º Queda autorizada la constitución á perpetuidad, en la ciudad de San Fernando de una Logia Simbólica, con el título distintivo de *Unión Masónica*, bajo la jurisdicción de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española*.

Art. 2.º Expídase á los hermanos peticionarios, previo pago de derechos, la correspondiente *Carta Patente* con el número 30 de orden y remítase acompañada de las instrucciones del caso.

Publíquese en el periódico oficial para conocimiento de las Logias del círculo y cuerpos de nuestras relaciones.

Sevilla 16 de Marzo de 1885.

El Gran Maestro,

B. Ruiz, M. M.

El Secretario de la Gran Comisión Ejecutiva,

R. Badía, M. M.

Nos Braulio Ruiz, Gran Maestro de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española*.

Sabed: Que la Gran Comisión de Administración ha decretado y la Gran Comisión Ejecutiva promulga lo siguiente:

Artículo 1.º Quedan aprobadas las cuentas del periódico oficial EL TALLER, correspondientes al segundo semestre del año de 1884, presentadas por el hermano Wellington, administrador del mismo.

Art. 2.º Publíquense las expresadas cuentas para conocimiento de todos.
Sevilla 9 de Marzo de 1885.

El Gran Maestro,

B. Ruiz, M. M.

El Secretario de la Gran Comisión Ejecutiva,

R. Badía, M. M.

Secretaría del Despacho de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española*.

El material recibido por esta Secretaría, hasta el día 9 del corriente, ha sido distribuido en la forma siguiente:

A la Gran Comisión de Gobierno.

Una comunicación de la *Gran Logia de New-South Wales de Sydney* (Australia) nombrando como su Representante cerca de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española* al Venerable hermano Ricardo Etheridge.

Una idem de la *Gran Logia de los Estados-Unidos de Venezuela* (Caracas) declarando irregular á la Logia *Fraternidad Americana* núm. 45 (antes 17) de la ciudad de Coro, y fuera de la jurisdicción del Gran Oriente Nacional de los Estados-Unidos de Venezuela.

Dos idem de las Logias *Luz de San Fernando* núm. 12 y *Constancia* número 13, pidiendo autorización para nombrar como Representante á la Asamblea á un Maestro Masón de esta localidad.

Una idem de la Comisión delegada de Madrid dando cuenta de su cometido cerca de las Logias de dicha villa y corte.

Una idem de la Logia *Hispano Americana* núm. 15 de Madrid, participando su reorganización é instalación definitiva.

Una idem de la Logia *Verdad* número 8 de Cádiz, solicitando la autorización de que trata el artículo 26 de los Estatutos para el ingreso de un hermano que carece de certificado de separación.

Una idem del Venerable hermano J. L. Padilla, participando haber presentado su dimisión como Representante

y Garante de Amistad del Gran Oriente Nacional de España cerca de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española*.

A la Gran Comisión de Administración.

Tres comunicaciones de la Logia *Numantina* núm. 6 y *Luz de San Fernando* núm. 12, participando las alteraciones ocurridas en sus respectivos cuadros.

Una idem de la Logia *Hispano Americana* núm. 15 de Madrid, solicitando gracia del resto de su débito hasta la fecha de su reorganización.

Lo que se publica para conocimiento de los Cuerpos interesados.

Sevilla 26 de Marzo de 1885.

El Secretario del Despacho,

E. Miniet, M. M.

Per se y per accidens.

Amigo mío: estamos de enhorabuena.

Los que calificábamos a la Edad Media de oscurantista, ignorante, supersticiosa y otras cosas, hemos estado en un grave error.

Aquellos tiempos, tan injustamente juzgados por los petulantes sabios de nuestra época, han sido los tiempos más felices de la humanidad, desde que, perdida su inocencia en el paraíso, tuvo necesidad de cubrir su desnudez con una hoja de higuera.

La época medio-eval, iluminada con los espléndidos resplandores de la teología escolástica y de la filosofía peripatética, que mutuamente se ayudaban, fué la época de los grandes sabios, de los privilegiados ingenios, de los perspicuos filósofos, de los eminentes teólogos; y lástima ha sido que los Renacimientos del siglo XV, los Reformadores del XVI y los Enciclopedistas del XVIII se hayan empeñado en romper aquellas gloriosas tradiciones y cegar los cauces por donde corrían los raudales de tanta ciencia y virtud tanta.

De seguir las cosas como trazaron en sus libros los ángeles de las escuelas y aquellos sutiles ingenios, á cuya perspicacia nada se ocultaba, ni aun la materia prima y forma sustancial de los seres; de seguir el mundo como querían los ilustrados políticos de la Santa Inquisición, ¡oh! el mundo sería otra cosa, y viviríamos como en los tiempos anteriores á la mencionada hoja de higuera.

Suponte que entonces, unos cuantos representantes de la divinidad lo preveerían todo, lo gobernarían todo y todo

lo ordenarían, quitándonos hasta el duro y enojoso trabajo de pensar.

Tendríamos muchos conventos con su correspondiente sopa.

Innumerables clérigos, frailes y monjas.

Alguna que otra Universidad, donde se ergotizase de lo lindo.

Rosarios de la aurora, procesiones á todas horas.

Misa por la mañana, rosario por la tarde, novena y sermón por la noche.

¡Oh temporal! ¡oh mores!

En cambio, ¿qué nos han traído los reformadores, los filósofos y los liberales todos?

La libertad de pensar, que es una soberbia.

La libertad de conciencia, que es una impiedad.

La libertad de hablar, que es un absurdo.

La libertad de imprenta, que es una invención infernal.

La libertad de asociación, que no siendo para fomentar la vida monástica, es una amenaza á la sociedad.

La libertad de enseñanza, que proclama el orgullo de la razón humana, y sólo sirve para atacar los fundamentos de la religión.

La libertad política, que trae grandes trastornos y perturbaciones.

La libertad civil, que es una aberración jurídica.

La separación de la Iglesia y el Estado, que es el ateísmo práctico.

La igualdad ante la ley, que es la negación del derecho divino de las castas.

La libertad y protección del trabajo, que es una herejía.

.....

¡Oh Santa y bienhechora Inquisición! ¡Cuándo vendrás para concluir con todas estas cosas!

Pero no hay que aflijirse, amigo mío; todo se andará.

Lo principal era resucitar las antiguas doctrinas, que los liberales habían sepultado bajo la pesada losa de los derechos individuales.

La resurrección se ha hecho cuando menos lo esperábamos, y ya tenemos muchos jesuitas, muchos frailes encargados de practicarlas y de hacerlas valer por los infinitos medios que tienen á su alcance.

Somos felices; escucha.

Los masones, y todos los que se precian de hombres serios, creíamos que la virtud, la moralidad, la honradez y la dignidad consistían en el respeto á la ley moral, reconocida por todos como invariable regla de las costumbres.

Creíamos que el hombre digno y virtuoso debe ser siempre consecuente con los principios que profesa; y que la palabra de honor empeñada en la defensa de una causa, debe respetarse, aun á costa de los mayores sacrificios: nunca, bajo ningún pretexto, es lícito hacer traición á los dictados de la conciencia.

Si en algún caso el detenido estudio y meditada reflexión de nuestras convicciones, nos han demostrado que estábamos en el error siguiendo un determinado sistema de doctrinas, la propia dignidad y el respeto á nuestra propia conciencia nos exigían declarar con franqueza que nos habíamos equivocado y no seguir defendiendo los antiguos principios y obrando con arreglo á las nuevas convicciones: del hombre es el errar y del sabio corregirse.

Este sistema rígido de moral nos imponía deberes, que en muchas ocasiones eran duros de cumplir y en ningún caso buscábamos excusas y justificaciones de nuestras faltas en los distingos de una moral casuística y convencional.

Estábamos equivocados.

Nada hay inmutable, ni en el orden de los sucesos, ni en el orden de las ideas.

Todo, al contrario, es convencional, lo mismo la ley moral señalada como regla de las costumbres, que la palabra de honor solemnemente empeñada.

Nada hay *per se* lícito, que *per accidens* no pueda ser ilícito.

En tesis general debemos respetar las leyes legítimamente dadas y prestar obediencia á las autoridades constituidas; pero en hipótesis podemos faltar á aquéllas y no reconocer éstas, cuando nuestra conveniencia nos lo dicte, sin temor á responsabilidades de la conciencia.

El perjurio es malo *per se*, pero si nos conviene para nuestros fines prestar un juramento falso, en este caso es bueno *per accidens*.

Discurriendo de este modo, y aplicando esta teoría de la tesis y de la hipótesis, del *per se* y del *per accidens* á todas las relaciones de la vida en el orden de la religión, de la política, de la familia, del simple trato social, no hay dogmas infalibles, ni principios inmutables de moral, ni instituciones consagradas por el

derecho, ni contratos inalterables, ni buena fé que deba respetarse.

En una palabra; no hay verdad, ni justicia; porque lo que es verdadero y justo *per se*, puede ser falso é injusto *per accidens*.

Dirás que esto es una monstruosidad, que rechaza indignada nuestra ilustrada conciencia.

Estos son escrúpulos de filósofos y liberales.

Los grandes teólogos, los sapientísimos moralistas de aquellos tiempos tan vilipendiados por nosotros, inventaron esa teoría, la defendieron en sus voluminosos escritos y nos la han legado como portentoso parto de su fecundo ingenio.

De ella han nacido y en ella se han inspirado esos innumerables volúmenes de casos de conciencia, que con el nombre de moral, llenan los estantes de las bibliotecas y que han sacado á luz, limpiándoles el polvo, los modernos discípulos de aquellos sutiles y angélicos doctores, que forman hoy la escuela neo-católica, jesuita, mestiza, ó como se quiera llamar.

Yo dejo á tu libertad de hombre, á tu reflexión de filósofo y á tu seriedad de masón, apreciar las ventajas de esa teoría, mientras termino este mal perjeñado artículo, recordando aquel célebre apóstrofe de Jesucristo á los neos de su tiempo:

«¡Ay de vosotros, doctores de la ley! que habeis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrásteis y á los que entraban, impedisteis.»

M. A. L.

Desde el próximo número insertaremos una serie de cartas suscritas por un *quidam* sobre los terremotos de Andalucía, que son de un vivo interés y han de llamar notablemente la atención de nuestros lectores.

El Jesuitismo juzgado por sus doctrinas.

Atentos á honrar las columnas de nuestro periódico con todos aquellos escritos de verdadero mérito, que puedan ayudarnos en la lucha contra el oscurantismo, no dudamos hacerlo con el que encontramos en *La Luz*, periódico que se publica en Madrid, y que creemos nos agradecerán nuestros lectores. Lleva el título con que encabezamos estas líneas, y dice así:

I.

Antes de dar principio á la tarea que nos imponemos, debemos manifestar que no nos ha movido á emprenderla ningún sentimiento de

animosidad contra los individuos de la Compañía de Jesús, por más que siempre hayan sido y serán los más arteros y sañudos enemigos de la santa causa del Evangelio y de la libertad. Por esta razón, dejando a un lado los horrores é infamias de que la historia más imparcial hace responsable á dicha Compañía, creemos más conducente estudiar la causa que los ha producido, esto es, sus doctrinas. Examinadas éstas, se comprende que habían de producir sus consecuencias lógicas. Un manantial cenagoso no puede dar aguas puras y cristalinas. «Si tu ojo fuere malo, ha dicho Jesucristo, todo tu cuerpo será tenebroso.» Puede una escuela filosófica ó teológica profesar principios de la más sana moral, y sin embargo, contradecir á dichos principios en la práctica; pero exigir á una institución ó á una escuela, basada en el error, que dé frutos de justicia y de verdad, sería el colmo de la insensatez. Los principios en que descansaba la escuela jesuita no pueden ser más erróneos y peligrosos. Al afirmar esto, hablamos de los principios sentados y defendidos por la misma Compañía; dejando como no bastante comprobados, aunque sí por la mayor parte admitidos, sus famosos *Monita secreta*, y otros que todavía no han visto la luz pública; pero que les atribuye autoridades tan poco sospechosas como el venerable Obispo Palafox, Melchor Cano, y universidades como las de La Sorbona, París, Salamanca, etc.

Al decir Jesuitismo, no nos ceñimos únicamente á la orden monástica fundada por el guerrero y ermitaño Ignacio de Loyola, sino también á ese espíritu de intransigente oscurantismo que anima á la Iglesia romana en su lucha contra la civilización y el progreso. Jesuitismo y Romanismo casi se confunden en una misma cosa; pues sólo se diferencian en que el Jesuitismo es una síntesis, un extracto del Romanismo purificado de algunos elementos extraños, más ó menos parecidos al Evangelio, más ó menos liberales, los cuales, mientras no se emancipen abiertamente, pueden servir de lastre á la combatida nave de Pedro; el Jesuitismo, como tan propiamente le ha definido Macaulay, «es la quinta esencia del espíritu católico, y su historia es la historia de la gran reacción católica.» En este concepto, el Jesuitismo preexistió á su fundador: es aquel fantasma que fendió las sombrías alas de la teocracia en tiempo de Hildebrando, relampagueó en las hogueras contra los Albigenses en tiempo de Inocencio III, y tomó cuerpo, se encarnó en la Compañía de Jesús, en el pontificado de Paulo III. Este Pontífice, comprendiendo los servicios que la nueva Sociedad podría prestar á la curia romana, diz que, al leer el proyecto de sus estatutos, exclamó: *Digitus Dei est hic*, dedo de Dios éste. El fundador de la Orden de Jesús se propuso crear una milicia espiritual, destinada á combatir por Dios bajo la bandera del Papa. La obra titulada *Imago primi sæculi* llama á la Sociedad la «Legión de Dios,» y celebra con orgullo y en tono de lirismo, su bravura en el ataque, su intrepidez de león, y el generoso desprecio de la muerte, mostrado por sus soldados.

Loyola, al organizar el nuevo ejército en beneficio del Papado, debía someterlo, no solamente á una disciplina exterior, sino á una tras-

formación interior. Con este objeto escribió sus «Ejercicios espirituales.» Podríamos hacer un examen de estos Ejercicios, para que vieran nuestros lectores hasta qué extremo pueden llegar las exajeraciones del misticismo. Sólo diremos de ellos que recuerdan no poco los misterios de Eleusis, donde los iniciados pasaban por visiones, primeramente llenas de angustias, y después de gozo, de paz y felicidad. Allí están condensadas todas las prácticas y ciencia del misticismo, tales como se encuentran ya en Plotino y en los santos de la Edad Media. Loyola los había estudiado en su cueva de Manresa, en el *Exercitatorium spirituale* del benedictino García Cisneros.

¿El misticismo! ¿Y á qué errores no puede conducir la aberración ascética? El misticismo jesuitico, especie de materialismo espiritual, llevando el alma á la representación sensible de los misterios, á la concentración de todas las facultades y sentidos sobre una imagen, apartándola de la revelación escrita para entregarla á las revelaciones íntimas, poniendo en juego la sensibilidad nerviosa, suprimiendo en lo posible el razonamiento, reduciendo á nada la parte intelectual de nuestro ser, y la religión á meras costumbres y talismanes, y la moral á monuiciosas prácticas, era el medio más seguro para llevar al último extremo el principio romano por excelencia: la dirección, el confesonario. Al considerar el degradante yugo con que el Jesuitismo quiere esclavizar al hombre, parecemos asistir á un asesinato: ¿qué queda en el hombre moral desde el momento en que, según su doctrina, debe ser como instrumento material, con sus propias palabras *tamquam baculus senis*, como el bastón de un anciano; ó como un irracional, *tamquam jumentum*, como un jumento; más todavía, como un cadáver, *perinde ac cadáver*? De esta suerte anulará la conciencia, matará la responsabilidad personal, abolirá el alma humana, privándola de sus facultades, para someterla incondicionalmente al hombre, y sólo condicionalmente á Dios. Así también privará de su fé propia y personal al individuo, porque debe creer por la fé del director, ver por los ojos del director, no querer ni hacer más que la voluntad del director, y no solamente esto, sino que, al asaltarle algún pensamiento de rebelión, debe denunciarlo al director; más aún, deben unos á otros denunciarse mutuamente; mandato terminante en la regla de Loyola, causa de escándalos y deserciones, como se lee en los Ejercicios del jesuita Alonso Rodríguez.

En la persona del superior jesuita, prescribe Loyola, debe verse no al hombre sujeto á error ó debilidades, sino al propio Cristo; es decir, la sabiduría suprema, la bondad inagotable y el amor infinito, y sus órdenes tenidas por la palabra de Cristo. El general es el pastor infalible en quien hay que reverenciar al mismo Jefe invisible de la Iglesia. Quinientas veces repiten esto las Constituciones, como está probado.

Sobre estas bases no hay absurdo alguno que el Jesuitismo no pueda levantar.

(Se continuará.)

La Fortuna.

AGORA se me acuerda un cuento, donde
Verás lo que sucede á cada paso,
Que al propósito desto corresponde.

Un hombre labrador cavando acaso
Atento la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.

Suena la azada, y á los golpes cierto
Y formado salió el cántaro ó jarro
Con un betún fortísimo cubierto;

Era el atapador también de barro,
A modo de pirámide, y tan dura,
Que la quebrara apenas un guijarro;

Y como en esta tierra se murmura
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.

«Dichoso yo, sin duda, que es tesoro,
Dijo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algún rico moro.»

Saca su hallazgo de la amiga tierra,
Prometiéndose ya de comprar cuanta
Alcanza á ver, con lo que el vaso encierra.

Las manos tiemblan cuando lo levanta,
Mirando á todas partes con cautela;
Que ladrón se le antoja cualquier planta.

Ya al fin nuestro dichoso se recela,
Y á solas de testigos retirado,
Abrir quiere la urna ó tinajuela.

Pero aunque le entristece el peso amado
(Porque, según lo estima y lo que espera,
Se le antoja liviano demasiado),

Lo excusa luego, porque considera
Que la carga que apace no es pesada,
Y que el nuevo placer se la alijera.

Al fin, en lo interior de su posada
Cierra su puerta y las endrijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.

Tras esto, extiende pródigo la capa,
Y forcejando por no hacer ruido,
Como pudo lo rompe y desatapa.

Trastorna la vasija, persuadido
Que estaba del más fino oro maciza,
Entre joyas antiguas embutido;

Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados (de varones
Quizá que alguna historia solemniza).

Atónito entre varias opiniones,
Llega á tener por cierto que el demonio
Aquel tesoro trasformó en carbones.

Así nos enriquece la fortuna,
Cuando, ya por rigor, ya por clemencia,
Sale á nuestros designios oportuna.

Prometiéndonos el gozo y la opulencia
De su prosperidad: pero no tarda
Ni un instante á probar nuestra experiencia
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

L. B. de Argensola.

El Salvamento.

Terminada la comida, mi huésped dijo:

—Hoy, querido amigo, tengo el sentimiento
de no poder pasar en vuestra compañía la noche,
como desearía, pero tengo que asistir á una junta.

—¿Dónde? ¿En el teatro?

—No tal; si fuera al teatro, os rogaría que
me acompañáseis. La Junta de que hablo, es la

que celebra la sociedad masónica, á que pertenezco.

—Diantre! . . . Eso es menos divertido, por lo que veo.

—Menos divertido, puede ser; pero desde luego es más útil . . . y como usted no es mason, al menos que yo sepa . . .

—En efecto tengo ese honor.

Al decir esto, dejó vagar por mis labios una sonrisa, que procuré hacer la más graciosa que pude. Según parece, debí fingir mal, pues mi huésped, creyendo ver algo de irónico en mi sonrisa, me dijo:

—Tanto peor para Vd.

Me miró fijamente, y despues con un tono casi brusco, continuó:

—Veo que sois uno de los muchos que no creen en la masonería. . .

Corriente: todas las opiniones son libres. Mas permitidme que crea la vuestra un poco falta de razon. Usted, como tantos otros, juzga nuestra institucion sin conocerla. No ve en ella más que una serie de fórmulas antiguas, propias para asombrar á las almas cándidas, y que tachará de ridiculas. Mas no ignorará que nuestra obra tiene un objeto más serio, y supongo que no creará que de un extremo del mundo al otro, personas juiciosas y cuyas cabezas están completamente sanas, se reunan periódica y regularmente para divertirse haciendo simplezas.

—No, por cierto. Sé que Vds. proponen un fin caritativo. Pero la caridad, ¿no podría prescindir? . . .

—¿De sus fórmulas? ¿Es eso lo que iba Vd. á decir? Pues bien, no puede pasarse sin ellas. Qué queréis; los hombres son así. Siempre que se os ponga en la cabeza reunirlos, no lo podreis conseguir sin la ayuda de un simbolo, de un hecho material y visible, ó de cualquiera otra cosa que hable directamente á su imaginación y á sus sentidos. Hay que tener paciencia y tomarlos tal como son; entretanto, miremos al presente y consideremos la vida con todas sus privaciones, todas sus miserias y sus plagas, que no se alivian con frios razonamientos, ¿Qué le importa al desgraciado de los socorros que recibe con tal de recibirlos?

Se habla muy bien, cuando se está sentado en una cómoda butaca al amor de la lumbre con el estómago lleno y fumándose un buen cigarro; entonces discutimos con frialdad la emancipación del espíritu. Entonces consideramos la teoría de muy fácil práctica: más al llegar á ello nos encontramos con multitud de dificultades que no esperábamos. ¿No nos proponemos arraigar en el corazón del hombre el sentimiento de unión y fraternidad?

Pues bien, para su logro todos los medios son buenos. En el ejercicio de la caridad todos los esfuerzos que hagamos para practicarla son meritorios. Usted critica nuestras ceremonias, ¿con qué derecho? ¿Acaso no sabeis, como yo, que todas esas formalidades tienen por objeto la práctica del bien en el mundo?

Mi huésped con la conversacion se había animado.

Sus párpados se entornaban, y su larga perilla gris se agitaba en la barba.

Yo permaneci callado, y él, sacando su reloj, me dijo:

—Aún me quedan diez minutos, quereis escuchar una corta historia?

—Con mucho gusto.

Volvimos á tomar asiento, y he aquí la historia que me refirió:

—Yo no he sido siempre lo que soy ahora: es decir, no he sido desde un principio armador de Burdeos. Antes de ser armador, he navegado por cuantade otros, y, creedme, aún conservo el recuerdo de los malos tiempos en que recorría los mares, con la inexperiencia propia de los 25 años que contaba. Muchas veces me ha ocurrido tener menos calor en mi banco de cuarto que en la butaca en que os hablo. Pero los trabajos y las miserias que en la juventud se pasan son quizás lo mejor de nuestra vida. . .

He guardado el recuerdo de una aventura, que aun á distancia impone y que no quisiera repetir.

No recuerdo el año con exactitud. Pero importa poco, pues no hace al caso; lo esencial es recordar el hecho, y os juro que lo recuerdo perfectamente.

La aventura que voy á referiros, me ocurrió yendo á bordo de la *Tierra del fuego*, magnífica goleta de tres palos, armada para la pesca de la ballena. Si mi memoria no me es infiel, este fué el primer buque que salió de la Gironda con este destino. La campaña había durado 18 meses, pasados en los mares de la parte Sur de América. Cruzamos muchas veces por los alrededores del estrecho de Magallanes; recorrimos las bahías de la costa de la Patagonia, pero (nada, ni una sola ballena! Estas señoras se habían dado cita en algun otro punto del Océano. Nos desquitamos dando una vigorosa caza á las focas, que abundaban por aquellas costas. Al cabo de quince meses de navegación pusimos la proa con dirección á Francia, y, podeis creerme, ni á uno sólo de nosotros se le ocurrió decir que era demasiado pronto. Ustedes, los de tierra, no saben lo que es la alegría de la vuelta; sólo los marinos saben apreciarla.

¡Qué vuelta la nuestra! Hacia tres meses que habíamos puesto el rumbo á Francia y marchábamos con alternativas de buen y mal tiempo, y ya teníamos la tierra muy cerca, cuando de pronto, al acercarnos al Golfo de Gascuña, saltó el viento el Este, y soplando furioso, nos cortó el camino. Todos, desde el capitán al último grumete, estábamos muertos de fatiga, y para mayor desconsuelo, los víveres amenazaban concluirse. Para las tres cuartas partes de nosotros, la tierra no era sólo el país, sino el descanso, la salud y la vida. De esto nos apercibimos al cabo de ocho días. El escorbuto, que ya había trabajado á la tripulación, hizo una explosión horrible. Diez, quince, veinte compañeros perecieron, y sus cadáveres, uno á uno, fueron arrojados al mar; los que aún quedábamos, seguíamos esperando que el maldito viento cambiara, pero éste se obstinaba en soplar siempre en la misma dirección. Continuaba soplando siempre del Este con una fuerza irresistible; lo único que podíamos hacer, era no separarnos mucho de nuestro camino.

Permancimos en aquel sitio, agotando en esfuerzos vanos el resto de energía que aún nos quedaba: veíamos sucederse los días unos á otros, sin adelantar nada; el escorbuto seguía haciendo bajas, y los víveres y el agua amena-

zaban faltarnos por completo, y nos preguntábamos con espanto, si moriríamos así en los tormentos de una atroz agonía, á ocho días ó quizás ménos de distancia, de nuestra querida patria, que hacia diez y ocho meses habíamos abandonado llenos de vigor y de esperanza! . . .

Era un suplicio atroz esperar con resignación, mezclada de accesos de impotente rabia. No había duda; unos tras otros, todos pereceríamos. Habíamos salido cincuenta y dos y sólo quedábamos en el momento á que me refiero catorce. Treinta y ocho hombres muertos uno á uno y arrojados al agua por encima de la borda. El capitán había muerto: el primer piloto había corrido igual suerte. Me tocaba á mi tomar el mando de la goleta. Al ponermelo al frente del buque, sólo mandaba trece hombres, demacrados, extenuados y en una situación tan lamentable, que era imposible prolongar por más tiempo la lucha que sosteníamos con la ciega crueldad de los elementos.

Un cadáver, el del último muerto, permanecía aún sobre cubierta por falta de dos hombres bastante útiles para levantarle. Nuestro buque, con el pabellón izado y todas las velas cargadas, marchaba á la ventura, botando sobre las olas cual barca arrastrada por un golpe de mar.

Ni una vela en el horizonte; estábamos perdidos, irremisiblemente perdidos. De pronto se oyó un grito.

—¡Una vela! ¡una vela por la banda de babor!

Todo el mundo se puso en pié de un saltos mirando hácia el sitio indicado con las pupila, dilatadas. Es verdad: una vela acaba de aparecer, lejos aún, muy lejos. . . se va haciendo más visible: se infla, se acerca, se dirige á nosotros.

El delirio de la alegría invadió nuestros cerebros. Los hombres, cual locos, se abrazan. Esta vela era para nosotros la vida que llegaba.

El buque era un brik inglés; vió nuestras señas de detenerse, mas no hizo intención de parar.

¿Por qué? . . . Un mismo pensamiento fué el de todos. Nuestra goleta de tres palos, con su forma alargada de fino velero, les pareció sospechosa. La habían tomado por un negrero ó un corsario, cuyas bandas encerraban una doble batería, dispuesta á lanzar una granizada de balas. Tienen miedo de nosotros. . . hé aquí un miedo poco oportuno.

El brik continúa su marcha; vá á pasar por delante de nosotros para alejarse despues, y entónces, ya no será tiempo. . .

Una idea me surgió: interpele á dos de mis hombres, y, mostrándoles el cadáver que aún permanecía sobre cubierta, le mandé arrojar al agua.

Inmediatamente me comprendieron, y en un instante, el cuerpo fué levantado, balanceado sobre la borda y arrojado al mar.

Desde el brik inglés, distinguían perfectamente nuestros movimientos: no obstante, el navío continuaba marchando; desconfiaba de nosotros. Evidentemente creían que esta era una estratagemas.

Veamos; ¡era imposible! ¡No pueden irse dándonos morir así, solos, sin socorro! . . . ¿No quieren venir hácia nosotros? Pues bien; iremos hácia ellos.

Con un último esfuerzo, desatamos una canoa, nos metimos dentro y nos dirigimos al brik. Esta vez quizás nos crean, no los metemos miedo yendo á bordo de una frágil barquilla.

Nos acercamos. Yo ocupaba la proa de la canoa, empleando lo que aún me quedaba de voz y agitando un guinapo blanco.

Estamos á cien metros á lo más del brik, vemos por encima de la borda asomar las cabezas de los que nos miran....

Parece que nuestras figuras demacradas no les inspiran confianza, pues el brik regula su marcha.

Lágrimas de coraje nos invadieron los ojos, y gemidos de desesperación acudieron á nuestras gargantas....

De pronto, en el momento en que el brik pasaba impasible ante nosotros, me ocurrió una idea. De pie, irguiéndome con toda mi estatura y presentando mi pecho á las miradas que en mi estaban fijas, hice un gesto de desesperación y de un significado supremo, cuyo sentido sólo es conocido de los masones. ¡Oh magia! un grito resonó súbitamente, y como tocadas por una vara mágica, todas las velas fueron cargadas y

el brik siguió algunos segundos, impulsado por la velocidad adquirida, parándose después. Permanece inmóvil.... nos espera.

¡Estamos salvados!

Cuando subimos á bordo, nos dimos cuenta del misterio. El capitán del brik era masón.

—Hé aquí por qué, terminó mi huésped consultando de nuevo su reloj, voy esta noche á la Logia y procuro no llegar tarde.

(De El Porvenir.)

El Supremo Consejo de Turín ha participado al de Colón en balaustre fecha 27 de Julio del actual que ha reconocido como legítimo Supremo Consejo para España al que presidió el ilustre h. Antonio Romero Ortiz.

Pero este reconocimiento se hizo, según dice el Gran Canciller La Salle, bajo la condición y limitación de que no perjudicará los derechos del Supremo Consejo de Colón, ya reconocido por regular y legítimo en el Congreso Universal Federativo Masónico de 1875 en Lausanne.

ANUNCIOS

Gran depósito de Camas inglesas y del País y Máquinas para coser de todos los sistemas.

Venta á plazos
mensual y semanal

MAURICIO BING

Al contado se hacen
rebajas sin competencia

5 CAMPANA 5

SEVILLA

Casa representada por Sebastián Machuca.

RELOJERÍA SUIZA

DE

CARISIO ANZOLA

Sierpes 111.—SEVILLA

Grandioso y abundante surtido en los géneros siguientes:

Relojes de caprichosas y elegantísimas formas, ya sean de pared, sobre-mesa y de bolsillo; estos de plata, nickel y oro. Cadenas, leontinas, diges y todo lo concerniente á este artículo en metales finos é imitados.

Pulseras, medallones, cruces, collares, alfileres, imperdibles, aderezos, piedras finas y cuantas alhajas se deseen.

También se hacen toda clase de composturas por difíciles que sean.

MANUEL MERINO

FABRICANTE DE PIANOS

19 TRAJANO 19

SEVILLA

SUEÑOS DE ORO.—Calle Tetuan núm. 25.—SEVILLA.

Establecimiento de vinos de todas clases

Gran surtido de vinos embotellados, procedentes de las casas más acreditadas de Jerez, Puerto de Santa María y Sanlúcar. Aguardientes y licores de todas clases, nacionales y extranjeros. Vinos de mesa.—Vinos espumosos.—Se sirven pedidos para fuera de Sevilla.—Los pedidos para dentro de la población se sirven á domicilio.

Especialidad de este Establecimiento, El Tres Perlas.

Valdepeñas sin rival.—La botella á 5 rs. con casco.—La arroba á 70 rs.

Se vende al detall por copas á precios mucho más baratos que en los cafés.

DEBE. Administración del periódico EL TALLER
CUENTA DEL SEGUNDO SEMESTRE DE 1884

HABER.

CONTRIBUYENTES	TOTALES		GASTOS	Rvn.	Cts.
	Rvn.	Cts.			
Una suscripción de un año.	24				
Tres » » seis meses	36				
Ocho » » tres »	48				
<i>Cuota voluntaria y trimestral que han abonado para ayudar al sostenimiento del periódico, las Respetables Logias siguientes:</i>					
Constancia.			Déficit del primer semestre.	1131	42
Firmesa.			Pagado por impresión de los números 109 al 120 (12 números a 150 rs. uno).	1800	
Tolerancia y Fraternidad			Pagado por 14 resmas de papel de impresión.	420	
Iberica.			Pagado por 1.000 sobres para los cambios	16	
Taoro.			Gastos de correo en el semestre.	359	58
Teide.					
Luz S. Fernando.					
Verdad.					
Fraternidad Iberica.					
La Razon.					
Numantina.					
Neptuno.					
Numancia.					
Recibido de la Gran Logia Simbólica Independiente Española, déficit del año.	2160				
	1459				
	3727			3727	

Sevilla 31 de Diciembre de 1884.

El Administrador,
Wellington, M. M.

La precedente cuenta fué aprobada por la Gran Comisión de Administración en sesión ordinaria del día de hoy.
Sevilla 9 de Marzo de 1885.

El Presidente,
V. Santolmo, M. M.

El Secretario,
J. C. Perez, M. M.